

GONZALO PONTÓN GIJÓN Y FERNANDO VALLS / TODAS LAS ALMAS DEL PROFESOR RICO



No por evidente va a ser menos verdad: Francisco Rico Manrique es un microcosmos. En él conviven el sabio profesor reconocido por las principales academias e instituciones europeas, el lector riguroso y lúcido, el historiador de la literatura, el crítico literario, el editor de textos, el trabajador infatigable, el gestor y promotor de iniciativas culturales, el periodista que nunca dejó de ser, el traductor y poeta, el

personaje público provocador e incorrecto, la criatura literaria. En su ámbito de especialización ha cultivado todos los géneros de la filología, «desde la nótila erudita al panorama de gran tonelaje [...], desde el comentario o la reseña beligerante a las diferentes especies de edición», por decirlo con las palabras que él mismo eligió para rendir tributo a su gran amigo Domingo Ynduráin (en *Una larga lealtad. Filólogos y afines*, Acantilado, 2022; podríamos añadir, también con él, la «nota chinche»). Rico ha estado siempre en el cogollo de la disciplina, en su mejor tradición y también en su vanguardia, al menos un paso por delante de la mayoría, y al mismo tiempo bordeando sus márgenes o trasasándolos en pos de otros horizontes.

Uno de sus primeros trabajos se publicó aquí, en *Ínsula*: fue en febrero de 1963, cuando contaba solamente veinte años, y consistió en una reseña de *La originalidad artística de «La Celestina»*, de María Rosa Lida, fallecida unos meses atrás. Sesenta años después, ese texto puede interpretarse como la temprana afirmación de un designio, puesto que la estudiosa argentina ha sido una de las lealtades constantes que ha profesado Rico, que la ha recordado, reivindicado y honrado en toda ocasión en que le ha sido posible, y con la que ha compartido una dedicación minuciosa a obras cumbres de la tradición hispánica, para abordarlas y elucidarlas desde el conocimiento más profundo, en pos de entender y dar a entender lo que las señala y hace excelentes, mientras se reconstruye el panorama literario y cultural que las hizo posibles, sus antecedentes y su posteridad.

Rico se ha mantenido siempre atento a las novedades de la filología, la historia de la literatura y la edición de textos, y ha conocido bien las fases mayores de la teoría literaria del siglo XX, de cuyo legado supo aprovecharse: el tronco formalista-estructuralista, con atención específica a la estilística, y en buena medida la estética de la recepción (¿habrá que recordar que *Vida u obra de Petrarca* se abre con dos citas, una de Borges y otra de Todorov, o que Rico empezó su trayectoria docente en la Universidad Autónoma de Barcelona con un curso de crítica literaria que compartía con Gabriel Ferrater?). De ahí que, al evocar a sus maestros —directos o putativos—, haya que mencionar a nombres cruciales de la filología, los estudios literarios, el hispa-

nismo y la italianística del último siglo: Ramón Menéndez Pidal, Leo Spitzer, Roman Jakobson, Américo Castro, Dámaso Alonso, Marcel Bataillon, Eugenio Asensio, Rafael Lapesa, Martín de Riquer, José Manuel Blecuá, Fernando Lázaro Carreter, Eugenio Garin, Giuseppe Billanovich o Cesare Segre, entre otros. De ellos, y de muchos más (Raimundo Lida, Maxime Chevalier, Peter Russell, Claudio Guillén, Peter Dronke, Mauricio Molho, Costanzo Di Girolamo, Walter Mig-nolo, Roger Chartier), editó o recuperó algunos de sus libros más notables, en la misma medida en que ha ayudado a muchos de sus discípulos a publicar sus propias obras. Además, en las dos últimas décadas del pasado siglo y en parte de este entabló una amistad estrecha con algunos escritores importantes, como Juan Benet, Javier Marías o Eduardo Mendoza, por solo nombrar a unos pocos, y ha mantenido complicidades con muchos de sus compañeros, pasados o presentes, de la Real Academia Española, casa a la que honra —y que lo honra— desde hace casi cuarenta años, lo que lo convierte, con Pere Gimferrer, en el más antiguo académico de número.

Aunque es conocido y reconocido su magisterio sobre al menos dos generaciones de filólogos e historiadores de la literatura, en España y allende fronteras, y consta del mismo modo su pasmosa, espectacular capacidad como conferenciante, que le granjeó un éxito pocas veces visto en su mundo, quizá no se haya ponderado lo suficiente su categoría como profesor, algo de lo que los coordinadores de este monográfico pueden dar sincero testimonio. Más allá del mito —no exento de fundamento— de su altivez desdénosa e impertinente, Rico ha sido un extraordinario maestro en el aula. Casi nadie ha olvidado la primera clase que recibió de él, precedida de notable expectación, respeto y, en algunos casos, curiosidad por comprobar si era tan temible como pregonaba la fama (este monográfico aporta más de un ejemplo del impacto causado por ese primer encuentro). Después de esa clase, y de las sesiones sucesivas, se confirmaba la impresión de hallarse ante un profesor tan riguroso como heterodoxo, tan provocador como sensato, con un enorme respeto por la enseñanza (durante un tiempo ayudó a sus alumnos a preparar las oposiciones de instituto), capaz de ofrecer, semana tras semana, clases literalmente magistrales, en las que se asistía a un proceso de exposición, comprensión e interpretación. Ya fuesen sesiones dedicadas al primer siglo de la literatura española (donde se entendía qué era un sistema literario y cuándo puede hablarse con propiedad de la existencia de una literatura nacional), a la invención del Renacimiento en España o al *Cantar del Cid* (hubo un año entero en el que no se fue más allá de un par de cientos de versos, pero que valió por una formación completa en estudios literarios), ya fuesen al *Lazarillo* y la picaresca, al *Quijote*, a la bibliografía material o a la crítica literaria, las clases de Rico en la Universidad Autónoma de Barcelona han sido durante cuarenta y cinco años su principal y mejor escenario. Quiso siempre compartir con sus estudiantes los saberes de los mejores filólogos e historiadores del momento, a quienes invitó a impartir seminarios o dar conferencias; la lista sería interminable.

Lo que Rico ha enseñado a sus alumnos ha sido la importancia del trabajo, del rigor, la exigencia y el auténtico cosmopolitismo, al margen de las modas del día, además de transversalidad y pluralidad, por decirlo con dos conceptos actuales que posiblemente se le atraganta-

Los coordinadores del monográfico queremos agradecer muy especialmente la ayuda y el apoyo que la familia Rico Camps ha brindado en todo momento a esta iniciativa. Damos también las gracias, por su colaboración, a Rosa Bono, Laura Fernández García, Joaquim Parellada y Guillermo Serés. Las traducciones de los artículos de Enrico Fenzi y Roger Chartier son de G.P.G.

rían; en suma, tener siempre presente la tradición, que en definitiva implica —como afirma también en *Una larga lealtad*— «la construcción de un pasado desde el presente y para incidir en el presente». Suyo también es el empeño por dignificar la escritura del ensayo académico, con una prosa elegante y precisa, desatada pero no barroca, con una marcada voluntad de estilo. Lo formuló de manera lapidaria en el *Tratado general de literatura* que cierra su *Primera cuarentena*: «la crítica literaria es siempre válida si es válida literariamente».

Después de Rico, la filología es otra, por su propia obra, con estudios y ediciones que han hecho época y van a perdurar, y por su inmenso trabajo como director de colecciones que fueron, son y —si las cosas no cambian demasiado a peor— seguirán siendo imprescindibles. Las aportaciones que integran este monográfico van a abundar en estos asuntos, pero valgan ahora unos poquísimos ejemplos, casi marginales, para ilustrar su amplitud de miras: no suele recordarse que dirigió para Sirmio (el sello de Jaime Vallcorba, alumno suyo de doctorado en Bellaterra, que le publicó precisamente la *Primera cuarentena*) la colección «La caja negra», donde a comienzos de los años noventa aparecieron libros de Arthur Schnitzler, Joseph Roth o Guillaume Apollinaire, al cuidado de buenos traductores; ni la serie de antologías, de poesía, ensayo y narrativa breve, recogidas en las *Páginas de Biblioteca Clásica* de Crítica; ni, por último, las antologías críticas de la poesía española que aparecieron en la editorial Visor. Son tres ejemplos de que la asociación de su nombre a empeños editoriales ha sido sinónimo de acierto, calidad y rigor.

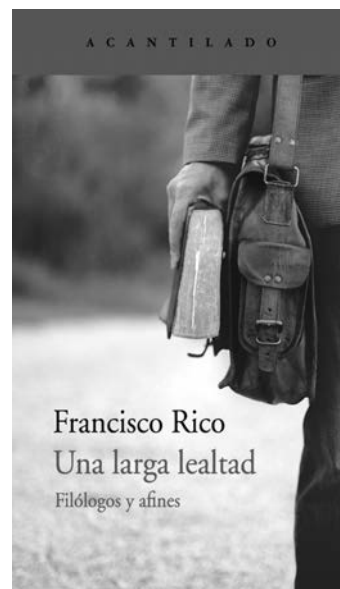
Un amigo verdadero de Rico sostenía, medio en broma y medio en serio, que este, como los grandes actores, se contagiaba de las figuras que estudiaba a fondo, y que su trayectoria intelectual se podía cifrar en los colosos intelectuales que conoció tan bien. Rico ha sido siempre un trasunto de Petrarca en el dinamismo de su saber, en el empleo vivo del mismo y en la construcción de una imagen pública de enorme relevancia basada en la sabiduría e inmune a la murmuración; ha sido a rachas un Nebrija en lid con la barbarie intelectual de su tiempo; tiene no poco de Erasmo, en la majestad, sinceridad y compromiso intelectual de su obra, y como síntesis y superación vivificadora del humanismo que lo ha precedido. Podría añadirse también —algunos lo harían con malicia— lo que pueda tener de Lázaro de

Tormes, y se constatará asimismo que de cervantino tiene poco. Aunque es más probable que haya que verlo a la inversa: en cada figura estudiada Rico ha impreso su propio carácter, alguna de sus almas. Como quiera que fuese, a todos nos ha hecho mejores, por cuanto más sabios, el haberlo leído y admirado, y el haber seguido alguna de las múltiples sendas trazadas por su espíritu inquisidor.

El presente monográfico no es un homenaje. No podría serlo, ante todo, por la tozuda negativa de Rico a admitir semejante tributo, pero tampoco lo es en la medida en que pretende otra cosa: trazar una caracterización y un balance de las facetas más relevantes de su trayectoria intelectual. Desfilan aquí, a cargo de voces autorizadas y fraternas, el historiador de la literatura (Mainer), el medievalista (Gómez Canseco y Badia), el petrarquista (Fenzi), el estudioso del humanismo europeo (Gil), el experto en literatura española del Siglo de Oro, con el *Lazarillo*, Cervantes y Lope a la cabeza (Gómez Canseco), el editor científico de textos (Chartier y Pontón), el impulsor de iniciativas de todo orden y el crítico interesado por las letras contemporáneas (Valls), incluso el iconólogo (Rico Camps). Una trayectoria, como ya se ha dicho, que abarca sesenta años de actividad continuada y de primera magnitud, y que mantiene hasta hoy mismo su cita con las prensas y los lectores, como acredita el recentísimo *Petrarca. Poeta, pensador, personaje* (2024). El monográfico se remata con un conjunto de aportaciones breves que completa esas líneas, apunta matices, sigue otros derroteros, señala vínculos personales e incluso sale por peteneras. Nadie con un mínimo sentido del compromiso, el reconocimiento y la gratitud ha querido faltar a la cita; al cabo, «a todos alcanza ondra por el que en buen ora nació».

G. P. G. y F. V.—UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

G. PONTÓN
GJÓN Y F. VALLS /
TODAS LAS ALMAS
DEL PROFESOR
RICO



JOSÉ-CARLOS MAINER / FIEL A SÍ MISMO: FRANCISCO RICO

Entrado el decenio de los sesenta del pasado siglo —cuando Rico todavía andaba sopesando lo que le quedaba por leer como filólogo y lo que le apetecería hacer como periodista—, la historia de la literatura se consolidó con fuerza en el mundo de la filología académica española. La huella científica de Ramón Menéndez Pidal y de Dámaso Alonso —encarnaciones respectivas de la solidez y de la sensibilidad— marcaban un rumbo de futuro que se construiría a despecho de circunstancias políticas incómodas y ruines, pero, a su modo, también estimulantes.

Francisco Rico fue un leal descendiente de lo mejor de la tradición humanística hispá-



nica de entonces. Y muy tempranamente fue (y sigue siendo) el primero de los filólogos españoles. Se formó en la Universidad de Barcelona, bajo el magisterio de Martín de Riquer y de José Manuel Blecuá que fueron los primeros en reconocer su valía excepcional. Su estancia en Johns Hopkins University en los años 1965 y 1966 le puso en contacto con el pujante estructuralismo y allí redactó una teoría de la poesía lírica que nunca le acabó de satisfacer (aunque halló paradero final en una colección del editor barcelonés Juan Jover que tampoco llegó a imprimirse). La más destacada concesión de Rico a la moda de la «nueva crítica» fue un libro de 1970 escrito para la

FUNDADORES: ENRIQUE CANTO Y JOSÉ LUIS CANO
COMITÉ DE DIRECCIÓN: J. ÁLVAREZ BARRIENTOS, A. AMORÓS,
I. ARELLANO, L. BONET, G. CARNERO, L. A. DE CUENCA, A. EGIDO,
P. FERNÁNDEZ, T. FERNÁNDEZ, L. GARCÍA JAMBRINA, L. GARCÍA LORENZO,
L. GARCÍA MONTERO, P. GIMFERRER, L. GÓMEZ CANSECO, J. GRACIA,
J. M. MICÓ, F. NOGUEROL, J. M. POZUELO YVANCOS, A. L. PRIETO DE PAULA, E. PUPO-
WALKER, C. RICHMOND, D. RÓDENAS DE MOYA, F. RODRÍGUEZ LAFUENTE, J. SILES,
A. SORIA OLMEDO, F. VALLS, J. URRÚTIA Y D. VILLANUEVA J. KORTAZAR (LETRAS
VASCAS), A. TARRÍO VARELA (LETRAS GALLEGAS)
J. SUBIRANA (LETRAS CATALANAS)

ÍNSULA 927
MARZO 2024

3

EDITORA: ARANTXA GÓMEZ SANCHO
SUSCRIPCIONES Y ADMINISTRACIÓN: PAULA PUJADAS
EDITA: EDITORIAL PLANETA, S. A. U.
AVDA. DIAGONAL, 662-664 - 08034 BARCELONA